

LA ZONA LINGÜÍSTICA DE AGUADILLA

Engracia Cerezo de Ponce

EL estudio lingüístico de la zona de Aguadilla cubre, en términos generales, aspectos de fonética, morfología, sintaxis, léxico y expresiones vivas de la lengua coloquial.

Nos propusimos realizar tres objetivos en este estudio:

- 1.—Tratar de descubrir las particularidades lingüísticas de la zona.
- 2.—Determinar las diferencias y analogías entre distintas clases sociales.
- 3.—Determinar algunos aspectos de transculturación por influencia de la Base Ramey.

Según iba desarrollándose nuestro plan de trabajo, se nos revelaron estas posibilidades: determinar hasta qué punto las clases más instruidas son fieles a las normas de la lengua general; qué formas dialectales comunes a principios de siglo han sobrevivido hasta hoy, y qué cambios en todos los aspectos del habla ha sufrido la zona desde el 1928 cuando Navarro Tomás llevó a cabo su investigación de la lengua de Puerto Rico.

Aguadilla ha asimilado influencias de otras zonas cercanas y distantes. En los primeros diez o quince años de establecida la Base Ramey (1939), afluyeron al pueblo personas de distintas capas sociales: obreros, comerciantes, trabajadores de cuello blanco y campesinos, en su mayor parte de los pueblos limítrofes. Muchos han fijado sus viviendas permanentes en los centros y en los barrios rurales cercanos a la Base. Esta situación, nos parece, explica el hecho de que rasgos lingüísticos registrados por Navarro Tomás y otros investigadores en lugares apartados de la Isla aparezcan en esta zona, a veces esporádicamente.

Nuestras observaciones sobre el sistema vocálico, el consonántico y la sintaxis demuestran que son pocos los puntos divergentes que puedan constituir rasgos distintivos de la zona.

En cuanto a las diferencias entre las clases sociales, se repite el hecho de que las capas inferiores mantienen hábitos lingüísticos tradicionales y continúan creando formas contra el uso correcto, mientras las clases cultas, salvo contadas excepciones, siguen siendo fieles a las normas hispánicas. Sin embargo, no existe un deslinde cultural que pueda considerarse significativo.

El influjo de la escuela y de los medios modernos de comunicación va nivelando las discrepancias existentes.

Aguadilla es, pues, una comunidad lingüística sin particularidades extraordinarias. No presenta fenómeno alguno que altere la fisonomía del dialecto puertorriqueño, tal como ha sido descrito por Navarro Tomás y Rubén del Rosario. Pero sí posee modalidades lingüísticas que le son propias. Su topografía, costumbres y tradiciones comunes a los pueblos costeros y una fuerte inclinación al gregarismo le imprimen una fisonomía especial. Estos caracteres favorecen el predominio de unos rasgos sobre otros, preferencias y modificaciones en los distintos aspectos del lenguaje.

En cuanto a la pronunciación, prevalecen las coincidencias con la del español general de América y con las particularidades que presenta la Isla. En el caso de la *a* acentuada en sílaba libre, predomina el timbre medio, pero en la zona urbana principalmente se observa con frecuencia un ligero desplazamiento de la lengua hacia el paladar. En sílaba trabada el desplazamiento puede inclinarse hacia la parte anterior o posterior, dependiendo de la consonante que acompaña a la vocal. Ante *j* la velarización es notable (paja). Navarro Tomás señaló la palatalización como rasgo de las zonas costeras y registró la *a* velar de *paja* en Aguada e Isabela.

La *e* corrientemente es de timbre medio en sílaba libre como en la lengua normal; es abierta ante *j* (h) y en sílaba trabada por *r*. Ante nasal no se oye un timbre de abertura plena como registró Navarro Tomás para el puertorriqueño en general.

En la *o* predomina el tipo abierto ante *j*, *rr* y sílaba trabada, como es la norma general. En sílaba libre no prevalece la *o* cerrada que señaló Navarro Tomás para la parte occidental. En *boca*, por ejemplo, el timbre medio ocupa la primera posición, y el cerrado, la segunda. En *toro* y *joven*, abiertas y medias están casi balanceadas.

La *i* y la *u* se inclinan al tipo medio o cerrado en sílaba libre. Las trabadas por *r*, *l* son corrientemente abiertas. En *anís* y *cruz*, de acuerdo con Navarro Tomás, *i*, *u* se pronuncian con abertura plena, pero aquí la proporción del timbre medio es notable. Tampoco se abren las vocales en estos casos cuando se eliminan las consonantes (*cru*, *aní*). La articulación de la *i*, *u* en la mayoría es débil y sin redondeamiento. —

Como en el habla corriente de la Isla, el timbre abierto de la vocal final puede sustituir al morfema del plural (*loh pié*), y a la *s* que caracteriza a la segunda persona singular del presente de indicativo (*¿Qué tú dise?*). También el timbre puede indicar diferencias morfofonémicas en palabras homófonas (*de*, *dé*).

La vocal inacentuada, ya sea inicial, interior o final es inestable y está sujeta a reducciones, pérdida o modificaciones. La inicial *a* se trueca en *e* en palabras como *estilla* y *empolla*; desaparece en *tarraya*, *bía* (había) y en ciertos casos no sólo se modifica la vocal, sino también la sílaba completa como en *esidente* (accidente).

La *e* inicial sufre reducciones, asimilaciones y disimilaciones, pero de ordinario conserva su identidad. Por influencia de la nasal o de la aspiración, puede que desaparezca o se trueque en *i*: *'b'puela*, *incontrar*, *Fraín*. La supresión es evidente en todas las formas del verbo estar cuando se trata de iletrados: *toy*, *tamo*.

En cuanto a la vocal *o* no se observa matiz significativo alguno. La *o* inicial puede trocarse en *e* (*ergullosa* y *escuridad*), en *a* (*masambique*) y en *u* (*tubiyo*). *I* sufre trueques y disimilaciones: *bertú*, *toborón*, *jobentú*, *monesipio*.

Las vocales interiores *e*, *o*, *i*, *u* en general se debilitan o relajan, pero conservan claro su timbre. La *a* se mantiene plena. En el habla popular o del jíbaro, la vocal interior se modifica por asimilación o disimilación (*berinjena*, *bentosidá*, *pildurita*, etc.).

Las finales inacentuadas también sufren mucha reducción y cambios. La *a* generalmente se relaja ante consonante sorda; las demás vocales, en casi todos los casos.

Pero el fenómeno más notable se da en la flexión de *e*, *o* finales: *antonsi*, *genti*, *tomati*, *Aresibu*, *labiu*. Es un rasgo muy fuerte en la Playuela (Borinquen) y Martinica (Maleza Alta). Navarro Tomás observó el oscurecimiento de las vocales finales en Aguada como uno de los núcleos más densos en Puerto Rico.

El fenómeno se inicia aparentemente pasado el siglo XIX, pues no encontramos ningún caso del cierre de *o*, *o* finales en las obras de Méndez Quiñones. Sin embargo, se hallan bastantes ejemplos en esas obras de oscurecimiento o trueque de las vocales protónicas y postónicas: *precurar*, *vestir*, *prensipian*, *rigión*, *delasión*, *mesma*.

Nada nuevo que se aparte de lo general presentan los casos de diptongación. El menos firme es *ue* y le sigue *eu*. En el habla popular y campesina, *ie* puede perder su elemento consonántico en *paciencia*, por ejemplo, y en otros casos admitir ese elemento para desarrollar el diptongo contra el uso establecido (*diferencia*, *dijieron*). El diptongo *au* se pierde en las variantes populares *anque*, *'nque*, *manque*; monoptonga en *osuba*, *osúa* < *ausubo*, y se desarrolla contra el uso normal de *aujero*.

Cuando se trata de las vocales en hiato, existe gran vacilación en la tendencia a conservar el hiato o a destruirlo. El grupo más resistente es *ee*, y los más sujetos a reducción o cambio son *ea*, *ae*. El grupo *ao* se desarrolla abundantemente por pérdida de la *d* intervocálica en palabras como *rajao*, *achongao*, etc. El mismo fenómeno produce otros grupos hiáticos en *reondo*, *enreadera*, *queo*, *pueo*...

En la concurrencia de vocales, no es frecuente el desplazamiento del acento. Se da en *traido*, *caido*, *reises*, pero tiene más extensión *por ahí*.

Abundan los casos de elisión o contracción de vocales en fonética sintáctica. La *a* final de palabra es muy activa en este caso. Se pierde o se contrae en contacto con otra *a* y *e* de palabra siguiente: *p'ayá*, *p'acá*, *poç'agua*, *en*

l'ebcuela. Son también abundantes los casos de contracción de la preposición *de* para producir el hiato en casos como *agua'e yuca*, *agüe yuca*.

El consonantismo en la zona se enmarca dentro de lo hispanoamericano general y lo particular puertorriqueño. Como rasgos principales, los siguientes son de carácter general en la Isla: timbre suave y tensión débil, predominio de la *s* posdental y la *y* intervocálica fricativa con tendencia al estrechamiento más delgado que lo normal.

Otros rasgos coinciden con la pronunciación general en los dialectos hispánicos: relajamiento de la *d* intervocálica, trueque de consonantes, reducción de los grupos cultos, aspiración de la *h* arcaica en la clase de menos cultura, aspiración de la *s* final de sílaba y velarización de la *n* final de sílaba.

La palatal *ll* (*y*) de *llamar* cambia a *ñ* en pocos casos de *ñamar*, *ñeta* y *ñapa*.

La nasalización que prevalece es del tipo corriente. Los sonidos junto a *m*, *n* o *ñ* se saturan de resonancia nasal pero ésta raras veces resulta extremada.

Por otro lado, el consonantismo presenta algunas variantes que se han registrado en varios sectores de la Isla. Por ejemplo: Junto a la *f* bilabial, hay otra *f* que se acerca al tipo labiodental, con participación simultánea de ambos labios y de los incisivos superiores. Navarro Tomás observó casos de esta *f* mixta, pero no los sitúa. Ramírez de Arellano registra algunos en Guaynabo.

Hay también dos tipos de *rr*: la velar fricativa sonora y una mixta sonora que se inicia en el velo y se adelanta hacia los alveolos. Este último tipo predomina en la zona urbana y en personas de alguna cultura. Navarro Tomás oyó la *rr* mixta en San Juan, Vega Baja, Dajaos, Trujillo Alto, Loíza, Fajardo y Peña Pobre; Ramírez de Arellano registra algunas en Guaynabo.

La igualación a *l* o *r*, tendencia que era muy fuerte a principio de siglo y aun para el 1928, parece ir aminorando ahora. *Poble*, por ejemplo, registrado en Aguadilla por Navarro Tomás, ha desaparecido totalmente. También son raros los casos de vocalización, de palatalización y del empleo del sonido mixto de *r/l*.

En *Un jíbaro* de Méndez Quiñones se hallan bastantes casos de palatalización: *mataye*, *untaye*, *preguntaye*. También del trueque de *dr* > *rr* o de *r* > *rr*: *porrá*, *pegarrá*, *dirrá*. No sabemos que haya sobrevivido alguna de estas formas.

En el aspecto morfológico, se siguen las normas usuales de la lengua general, salvo los casos de vacilación o de usos contra esas normas, propias del habla popular o campesina, y que son corrientes en todos los dialectos. Hay, sin embargo, ciertos rasgos que merecen destacarse:

1.—el intercambio de los prefijos *-in*, *-i*, en vocablos como *inritación*; de *-en*, *-a* en *arraisado*.

2.—la reacción o adaptación frecuente de formas, valiéndose de prefijos: *esprevilicao* (alocado), *desosirio* (intranquilidad).

3.—la frecuencia con que se reducen *-ado* en *-ao* y *udo* en *-úo*, *u*: *ensarsillao*, *inundao*, *colmillú*, *dientú*.

4.—la fuerte tendencia a crear caracterizaciones personales a base de analogías y metáforas: la *Tinglar*, los *Cabuya*.

5.—la notable vitalidad del sufijo *-ito*. El uso del diminutivo es recurso constante en todas las categorías. Están muy vivos *clarito*, *mismito* y *todito*.

6.—la productividad de los sufijos *-ía*, *-azo*: *busconería*, *chinchorrazo*.

7.—el predominio de unas formas verbales sobre otras: *traieron*, *satihfasi*, *cupo*, *anduve*, *íbamos*, *querramos*, *cabré*, *enjuagar* y *prestar*. En las clases iletradas aún persisten *huigo*, *distribuido*, *haiga*, *traí*, *vite*, *vayemo váyano*, *váyamo*; también formas desarrolladas por aféresis como *biera bemo*, *berá jugao*.

8.—la casi desaparición del pronombre *ello*.

9.—la riqueza de locuciones adverbiales locativas y ponderativas.

10.—la preponderancia de las formas exclamativas *bendito* y *válgame*.

En la sintaxis predominan las coincidencias con el habla de la Isla y del resto de Hispanoamérica. Pero hay rasgos que se destacan en Aguadilla a diferencia de otras zonas de Puerto Rico:

1.—No se registró un solo caso de inversión de los pronombres *me*, *te* en concurrencia con *se*: *me se perdió*; tampoco del posesivo en lugar del personal con los adverbios *adelante*, *detrás*: *delante mío*.

2.—Ha desaparecido por completo la *h* aspirada que viene del antiguo *ge*. (No he lo quería decir.)

3.—Predomina el empleo del masculino en la frase *un poco de agua* aun en el habla popular y del jíbaro.

4.—*Este* y *esto* como muletillas se oyen esporádicamente.

5.—El predominio de *alguien* y no de *alguno* es evidente. La coincidencia es mayor con el resto de Hispanoamérica.

6.—Apenas se oye el doble gerundio: *estando comiendo*.

7.—Aparentemente es un rasgo distintivo de la zona porque no se ha registrado en ninguno de los estudios hasta ahora publicados, un fenómeno sintáctico que se observa en la forma del gerundio junto al enclítico. Lo corriente en el habla de iletrados en la Isla es concertar el gerundio con el género de su complemento (*reuniéndala*). Aquí en algunos casos se reduce la *a* de *da* a *de* y a veces a *di* (*reuniéndela*, *reuniéndila*). Podría quizás relacionarse este fenómeno con el hábito de cerrar *e*, *o* finales, tan frecuente en el habla vulgar de la zona. Luego de concertar el gerundio con el género de su complemento (*da*), vendría el paso de *a* > *e*, *e* > *i*.

En la lengua coloquial, la sintaxis sufre los naturales cambios y resquebrajaduras propios de estados psicológicos especiales. El pronombre o el verbo frecuentemente se dislocan. Las frases de ocasión resultan a menudo cortantes, siempre vivaces y expresivas.

Al recoger cuentos, leyendas, canciones y una buena parte del refranero de la tradición hispánica, Aguadilla sigue las mismas tendencias que los

demás pueblos hispanos. Se apropia de los préstamos que le vienen de otros lugares; crea o recrea formas de vida corta o bastante perdurables, que revelan estados anímicos diferentes. Refuerza las formas para adecuarlas a la situación. A veces una palabra basta para lograr el efecto. Pero ya exprese burla, reproche, ironía, menosprecio, desdén o un contento superficial, la frase, ligera y breve, quizás cortante, se descarga de toda hiel.

Como en los otros aspectos de la lengua, el material lexicográfico de la zona recoge básicamente lo español, lo criollo y hace sus propias aportaciones. Partiendo de lo observado por Navarro Tomás y de estudios más recientes de Rubén del Rosario, podemos concluir que la mayoría de las denominaciones relacionadas con el ambiente, el trabajo y condiciones del cuerpo humano son predominantemente españolas o de invención isleña. La mayor parte de las aportaciones que hace la zona están en el vocabulario relacionado con la pesca y, sobre todo, en el que inventa con motivo de actitudes o maneras de ver la vida. Se usan recursos que son generales: la prefijación o sufijación, la composición, la invención, la metáfora y la asociación de ideas. Este vocabulario tiene generalmente las mismas motivaciones que el modismo local. Está cargado de emoción y de riqueza expresiva. Por ejemplo, para el aguadillano, "estar cerceneando una persona" es más que estar moviéndose de un lado a otro; es mayor el contenido semántico de la palabra porque se proyecta a una condición psíquica del individuo que actúa y del que es afectado por su actuación.

Ciertas actitudes políticas se expresan en palabras como *muñosería*, *submarino* y *tarugo*. Y una persona puede caracterizarse llamándola *alcachofa*, *ballena*, *jarea*...

Hay también adaptaciones o creaciones semánticas que nos parecen de uso local. Ejemplos:

- cuica — mujer que tiene muchos hijos.
- chalunga — sin gracia.
- chorro — montón (fracatán, chorro de cosas).
- degenerado — gallo o caballo bueno que luego se inutiliza.
- gahpalea — respirar (No me deja ni gahpalea.)
- jabeco — pecoso.
- jalío — jasío (Momento breve en que deja de llover.)
- Machacanes (machacantes) — dinero (los verdes, varios Washington.)
- mochero — chapucero.
- pancuco — oportunidad fácil de lograr algún propósito.
- rucho — sin dinero (pelao, broke; arruche — sin un cuarto, según Larousse.)
- sinservir — persona que no ayuda a nadie.

En cuanto al léxico en general, variantes de voces que tenían gran vigencia para el 1928, van envejeciendo o casi han desaparecido. Coincidiendo con las observaciones de Navarro Tomás, mantienen el predominio en la zona las siguientes denominaciones de plantas, frutas y sus derivados, animales e instrumentos de trabajo: *lechosa*, *pana* o *plana de afuera*, *güiro*, *paslote*, *cogollo*

(copa de palma), *cachipa* o *cachispa* (corteza del coco), *tela del coco*, *rama* o *penca* de la palma, *guingambó*, *margarita*, *amapola*, *guajana* y *semilla* de la caña, *mozambique* o *mazambique*, *zumbador*, *cucubano*, *güimo*, *cabeza de comején*, *cabo*, *empataadura*, *pala*, *filo* y *boto* del machete, *pala de corte* y *pala de bote*, *mango* de la pala, *tenedor*, *timón* del arado o *pértiga*, *piña* o *manzana* de la rueda, *ensillo* o *aparejo* de montar, *cincho*, *gorupa*.

Pero en los casos a continuación, existen discrepancias con los resultados que ha señalado Navarro Tomás para la zona:

- 1.—*Pajuil* ha desplazado a *cajuil*.
- 2.—*Tayón* se oye esporádicamente. Alternan *chayote* y *tayote*.
- 3.—La mayoría llama *tirigüibe* (no *tirigüibi*) a la vaina de la palma de coco.
- 4.—No se conoce al *sampedrito* en la zona; tampoco el *papagayo*.
- 5.—En ningún momento se oyó *lira* para designar la *pavona*. La flor del hibisco recibió distintos nombres: *coqueta*, *marimoña*, *maguilla* y *pavona*.
- 6.—Existe la variante *gusarabajo*, pero lo que predomina es *escarabajo*.
- 7.—Prevalece *chifle* sobre *tarro*.
- 8.—La mayoría prefiere *machete* a *perrillo*.
- 9.—La mayoría usa *boz*, la cual alterna con otras variantes, entre ellas, *jusilla*.
- 10.—El *arado de puya* recibe en general el nombre de *arado de palo*.
- 11.—El vendaje sobre la frente del buey es *frentil*.
- 12.—La parte central del yugo se llama *yuguillo*; no se oyen los términos *pestaña* y *peaña*.
- 13.—El *tentemozo* recibe el nombre de *pértiga*, *palo*, *descanso*; no se oye *muñeco*.
- 14.—*Sudadero*, señalada para el área oriental, alterna aquí con *gualdrapa* y *gualdapa*.
- 15.—Alternan *jaquima*, *jaquimón* y *ronzal*.

Las denominaciones relativas al cuerpo son las de la lengua general. Hay algunos términos populares: *bizcorioco*, *ñoco*, *arregao*, *ebnarisao* y *gambao*. También son comunes las denominaciones que se refieren a enfermedades y afecciones del cuerpo, con excepción de algunos como *bichí*, *trichuri*. *Padrejón* y *baile sambito* apenas se oyen. *Farfallota* y *paperas* se confunden en la zona urbana, y *erisipela* se aplica tanto a la enfermedad de este nombre como a la *filaria*.

En cuanto a los indigenismos, muchos que se emplean uniformemente en la Isla se oyen en el habla popular y del jíbaro; pocos llegan a niveles más altos. Entre los investigados, los menos corrientes son *guacamayo*, *guariquitén* y *mamey zapote*; los de mayor circulación están relacionados con plantas, árboles y frutas o con la toponimia: *Higüey*, *Borinquen*.

Algunos afronegrismos son corrientes en todos los niveles: *angolo*, *cachimba*, *fufú*, *congo*, *malanga* y *rumba*. Pero entre los arcaísmos, muchos han desaparecido por complejo: *aguaitar*, *arrelde*, *eletto*, *encetar*, *sajar* y *vertedero*. Otros se oyen poco: *alentarse*, *amañarse*, *compaña*, *comparanza*, *contrallao*

díceres, mancar y parva. Si bien es cierto que en la zona persisten los arcaísmos fonéticos más comunes, en cuanto al léxico se refiere, se ve que van disminuyendo.

Es el mismo cuadro que se observa en las obras de Méndez Quiñones, quien trata de representar el habla del jíbaro de Aguadilla y pueblos limítrofes de la última década del siglo XIX. Es curioso notar la escasez de arcaísmos léxicos en estas obras, mientras se repiten con profusión los ejemplos de la *h* aspirada, la pérdida de la *d* intervocálica, los casos de asimilación o disimilación, de metátesis, prótesis y aféresis, la igualación a *l* o *r*, el trueque de vocales y consonantes. Aunque no sea exacta la representación que del habla del jíbaro nos ofrece Méndez Quiñones, el paralelo entre ayer y hoy resulta interesante.

En el léxico relacionado con la pesca hay muchas adaptaciones o creaciones semánticas que se aplican a peces e instrumentos de pesca, cuyos nombres aparentemente el pescador desconoce o por alguna razón prefiere usar un sustituto. Ejemplos: *carita tiburona, colirrubia, cachicata; sachó, ancón, sutilillo*, etc.

Por otro lado, se dan variedades numerosas de peces. Los sujetos, en general, conocen los más corrientes. Los pescadores además, mencionan muchos otros: el cobre, el domingo, la bacora, el balajú o volador, el corcovado, el tamborí, el guanábano, el choclo, etc.

En los distintos sectores de la playa de Aguadilla, las denominaciones relacionadas con la pesca son en general las mismas:

A la red se le da el nombre corriente de *chinchorro*. Hay distintas clases: *de arrastre, de mano, de ahorque (el trasmayo)*, la *tarraya* (o *atarraya*), el *chinchorro de carey* y el *de filete*. La *nasa* o *naso* es una red hecha de paños de alambre con dos boyas de caña de bambú.

Las partes del chinchorro son la primera malla, la segunda malla, la *menúa*, el *batiero* y el *seno* (o *buche*).

Las clases de anzuelo se identifican por su número. Entre las cuerdas armadas de anzuelo está la *mica*, el *palangre* y el *fuete*.

Algunos instrumentos de pesca son la *verguilla*, la *velete*, la *plomada*, la *ballestilla*, el *sutillo* y el *sacho*.

Las barcas pesqueras son yolas de remo, botes y yolas de vela, lanchas y yolas de motor.

Este vocabulario relacionado con la pesca es más bien culto que popular. Pero el pescador tiene su propia jerga, en que las palabras comunes adquieren el sabor del ambiente de mar.

El resultado del estudio de los anglicismos en la zona es de interés general porque refuerza las conclusiones a que han llegado otros investigadores en relación con el tema.

Esperábamos que el contacto del pueblo con el personal militar y civil de la Base Ramey influyera negativamente en el habla de Aguadilla. Al contrario, la situación ha desarrollado una actitud vigilante en las clases cultas. Fuera de anglicismos necesarios o locales, que resultan expresivos o insustituibles en la comunicación diaria, el profesional emplea su lengua, tratando de ajustarse a las normas establecidas. El pueblo, más libre y más imaginativo en su forma de expresarse, mezcla vocablos o frases del inglés con el español para resolver problemas de comunicación. Pero fuera de estas circunstancias, se vuelve con naturalidad al vernáculo, permeándolo cada individuo con los recursos de su propio idiolecto.

Entre los anglicismos generales, son corrientes *récord, beautician, beauty parlor, zipper, chequear, noquear, closet, yola, okey, racket, sandwich, lonchera, baby, champion, tennis, mocasines, parquear, líder, flash-light (fras-lai, flab,lai, flai-lar, flac-lait), ticket, show, baseball, pancake, biftec, ron y bar*.

En el orden de su extensión, los localismos que más se emplean son *mattress, freezer, la misi (Mrs.), high, brown, panty, ciodi, income tax (incontáh), teacher, baking, size, el provomarshal, el gate, (guei), pay day*. Las mujeres que hacen trabajo doméstico en la Base, se aplican ellas mismas el nombre de *maid* porque lo consideran superior a *servienta*.

A personas que trabajan en la Base, les aplican el nombre del oficio en inglés: *janitor, laborer, foreman, bar-tender, waiter, kitchen police* o *K. P.* Por otro lado, cuando se hace referencia a esos mismos oficios fuera de la Base, se dice, por ejemplo, el conserje de la escuela, el mozo del hotel, etc.

Muchos negocios llevan nombres en inglés porque pertenecen a norteamericanos o por conveniencia comercial cuando son de puertorriqueños. Ejemplos: "Papo's Bicycle Place," "Milly's Center"...

Bluff o *blofero* se oyen muy poco. La mayoría prefiere decir *echón* o *aguajero*.

Entre los anglicismos limitados a la comunicación comercial, algunos usan *aplicación, atachar, apropiación* (despropiación — más extenso en la zona rural.) Muchos emplean *endosar* y *endoso*.

De otros extranjerismos, el más corriente es *payama*; le siguen *toilet, corsage, bidet* y *caucho*, que alterna con *sofá*. Las clases profesionales emplean *clerk, clerical, control, ponchar, junior, folder, senior*, etc. *Porche, seibó, chemise, negligés* se oyen sólo ocasionalmente.

Como se observa, fuera de las funciones oficiales o de alguna circunstancia especial, se habla la lengua expresiva del puertorriqueño promedio, sin deformaciones o corrupción de clase alguna.

En síntesis, mirando objetivamente el cuadro general que presenta el habla de Aguadilla, podemos llegar a dos conclusiones específicas:

1.—En esta zona se mantienen algunos núcleos arraigados a viejas formas, sobre todo, en lo que concierne a hábitos de pronunciación, pero se

observa desde fines del siglo pasado hasta el presente, un progresivo movimiento hacia la nivelación en las normas de la lengua general.

2.—La mayor aportación que hace la zona a la lengua puertorriqueña está en la adaptación semántica de palabras y en la modificación y creación de dichos o frases proverbiales.

En ambos aspectos, creemos que Aguadilla refleja, en pequeño, el cuadro total de la Isla.

Engracia Cerezo de Ponce

18 de noviembre de 1968